

Propuestas universitarias para un Chile Democrático
Universidad ARCIS – Universidad Bolivariana

Hernán Loyola:
Modernidad y Posmodernidad. Neruda. La biografía literaria

Enrique Sáez Ramdohr
Necesariamente Hegel

Poesía

Plataforma de los Ex Presos Políticos
Derechos a Indemnización, Reinserción laboral, Educación, Vivienda.

José Cademartori
Chile: Un programa de gobierno democrático participativo

Hegel, necesariamente hoy. En nuestra coetaneidad mundial que nos habla del fin de la historia, del fin de los sueños, que se nos muestra sin necesidad de explicarse, sin justificar su dirección, su sentido; necesariamente, Hegel. Cuando la realidad se nos plantea como si el control de la misma no estuviera ya en manos humanas, cuando el hombre se nos muestra indiferente frente al otro y la explosión informática pareciera no ir de la mano con la inteligencia y la interconectividad se nos presenta como convivencia de islas, de átomos, lo que se nos impone es la necesidad de explicarnos la coherencia de ese coloso cada vez más difuso que es el mundo.

Cuando se nos plantea el sentido de una comunidad humana, hoy por hoy bajo la denominación de globalización, lo que se nos exige a los trabajadores del concepto es, precisamente, concebir nuestra época.

Ese es el desafío que Hegel no quiso rehuir y que la Fenomenología del Espíritu aborda en su ardua complejidad.

Iniciamos estas "Jornadas Bianuales 2006-2007 de Reflexión y Debate" con la exposición del profesor Eugenio Gogol en la convicción de que la problemática que su investigación desarrolla se relaciona íntimamente con la vocación de estas Jornadas. La amplitud del nudo de problemas que constituye la Fenomenología es, ante todo, una invitación, incluso una provocación cuyos alcances no viene a cuento explicitar.

Esos alcances, por cierto, se entrecruzan con los pensamientos y acciones que han nacido en suelo latinoamericano. Consideramos que el Bicentenario de la Fenomenología del Espíritu que conmemoramos en nuestro país, dista, y no puede ser de otra manera, con el que se realice en Alemania o alguna nación Europea.

Nuestra perspectiva, nuestra lectura de la Fenomenología es necesariamente una lectura latinoamericana y es, en particular, ese enfoque al cual nos convida el profesor Gogol.

El hombre concreto y real es la chispa inicial de la llamada de la Fenomenología y es aquel por el cual nuestro Neruda se pregunta ante el monumento incásico ¿"piedra en la piedra, el hombre, dónde estuvo? ¿Aire en el aire, el hombre, dónde estuvo? ¿Tiempo en el tiempo, el hombre, dónde estuvo?"

Más o menos ésa es también la interrogación fundacional de la Fenomenología. En la Fenomenología Hegel amplía a horizontes insospechados para la filosofía de ese entonces, las preguntas kantianas: ¿Quién conoce? ¿Qué conoce? ¿Cómo conoce? ¿Dónde? ¿Cuándo? El conocimiento pasa a ser una cuestión de vida o

muerte, pues sólo en la autoconciencia el hombre se humaniza.

A este respecto permítasenos recordar una indicación que Martín Heidegger puntualizaba en sus estudios fenomenológicos: "El título completo, ante todo y en primer lugar, reza: Sistema de las Ciencias. Primera Parte. Ciencia de la Experiencia de la Conciencia. Ese subtítulo -Ciencia de la Experiencia de la Conciencia- es formulado, acto seguido, de la siguiente forma: Ciencia de la Fenomenología del Espíritu. Es aquí de donde surge el título abreviado y devenido habitual: Fenomenología del Espíritu"

Esclarecedora la acotación, pues nos delimita el campo de investigación que Hegel está abriendo: experiencia de la conciencia, camino de la conciencia, o si se prefiere, vivencia de la conciencia.

Vivencia de ¿quién?, ¿dónde?, ¿cuándo?

Sin perjuicio de la especificidad de la propuesta hegeliana, es el todo orgánico la genial propuesta de la Fenomenología. La organicidad de lo real es la organicidad del saber y el carácter histórico de lo real es también el carácter histórico del saber. Si nada existe fuera de la razón, nada existe fuera la historia. La Fenomenología ante todo nos está planteando que así como nada puede permanecer inmóvil en el ámbito del saber y nada puede detener la marcha del saber, no se puede concebir una institución, un hecho o un personaje que pueda detener la marcha de la historia.

La concepción orgánica de la historia, según la cual toda manifestación humana es esencialmente interdependiente de otra manifestación humana, ha develado de una vez y para siempre la génesis social de la reflexión, si se

quiere, de la metafísica, que hasta nuestro pensador la filosofía clásica alemana no había confesado, o al menos, no le había preocupado confesar.

El arte, la ciencia, la técnica, la política, la economía, constituyen expresiones de un desarrollo único, de una totalidad universal que, se acepte o no el trasfondo naturalista o teísta que implica, sólo es dable a lo humano, está ahí sólo para nosotros como sujetos de una historia viviente, como tanto gustaba afirmar Jacques D'Hondt. Sólo nosotros podemos recrear, enriquecer, contradecir, estimular el movimiento de lo total, sólo nuestra conciencia puede testimoniar y, he aquí uno de los nodos de la Fenomenología, participar de lo infinito, comprometer su finitud y particularidad en ese infinito que es inmanente e inalienable a cada uno de nosotros. Debemos acotar que esa finitud y esa particularidad no es más que la finita y particular vida concreta de las mujeres y hombres llamados a conocer y conocerse, en ellos consiste el sujeto cognoscente cuya impersonalidad y abstracción el maestro se propone desacralizar.

De la unidad orgánica del desarrollo de la historia deriva la exigencia no sólo a la filosofía sino a toda actividad humana, el probar que

Intervención del profesor Enrique Sáez Ramdohr en la conferencia "El concepto del otro", que dio inicio a "Bicentenario de la Fenomenología del Espíritu de Hegel. Jornadas Bianuales 2006-2007 de Reflexión y Debate", en la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile (5 de abril 2006).



Necesariamente Hegel

Enrique Sáez Ramdohr

está en la vocación del sujeto su propia transformación en objetividad, que reside en la naturaleza de lo subjetivo la intimidad de la naturaleza. No hay secreto para el sujeto que entiende que todo lo creado puede también ser su creación y que lo conocido y lo desconocido no es lo dado, sino sus pasos hacia su propia libertad. Marcuse agregaba que "El segundo del mundo como algo racional implicaba, en primer lugar, el que pudiese ser comprendido y modificado por la actividad cognoscitiva del hombre. La naturaleza era considerada como racional en su estructura misma, de tal modo que el sujeto y el objeto se encuentran en un medio racional"

Se admita o no que el desarrollo de la historia es el desarrollo de la idea, sea o no éste el de la realización de Dios, el de ese absoluto tan refutado desde Feuerbach a Nietzsche, la Fenomenología nos ha legado un imperativo ineludible: el que la filosofía no puede desentender del conflicto, del desgarramiento mismo del espíritu en su realización: no hay pensar al lado del mundo, sino en el mundo; no se puede hacer el camino hacia la verdad sin despeinarse, sin ensuciarse las mangas, sin leer los diarios, ese "alimento cotidiano" como lo llama el maestro.

El mundo que Hegel debe explicar es el del desengaño, es el mundo póstumo de la aventura republicana en el cual las contradicciones de esa reciente criatura ilustrada que es el nuevo régimen eclosionan en cada ámbito de la sociedad, y su tensión y su riqueza no da lugar a rigideces apriorísticas o seguridades dogmáticas.

Se trata de un estado político, que en Francia, Inglaterra y Norteamérica, se alza en nombre del yo de los tiempos modernos, del yo que demanda su autonomía como premisa de su fecundidad y autorrealización y su libertad como la libertad humana; ese yo ha roto la camisa de fuerza del absolutismo, se abre paso a golpes de bayonetas, por medio de constituciones que hablan de igualdad se instala para constituir un nuevo mundo según las leyes de la razón. Ese yo de Descartes, de Kant, de Fichte es el mismo yo de Robespierre, de Napoleón. Esto lo sabe Hegel y no se permitirá elaborar una teoría del conocimiento que desconozca ese yo y de ahí la decidida historicidad del sujeto hegeliano, reconocido y conceptualizado en su propia particularidad, en su heterogeneidad, ese sujeto que es el hombre a pie es libre y debe ser libre: en la Fenomenología del Espíritu encuentran su dignidad epistemológica el esfuerzo, el dolor, la incertidumbre de la condición humana que conociendo, se conoce, que creándose a sí mismo, crea realidad.

Por eso el español Vicente Serrano no se equivoca al señalar que "el lector de la Fenomenología asiste en este sentido asombrado al proceso mediante el cual el saber atraviesa en una maravillosa sucesión de crisálidas su propia metamorfosis para llegar a ser lo que es, para recuperar su propia verdad como totalidad".

Esas crisálidas del saber son, y esto Hegel lo tiene ante los ojos, las crisálidas de su época. La Revolución Francesa y la estabilización de sus nuevas instituciones no es sólo la culminación de la Reforma Protestante, de los mercantilismos y las revoluciones inglesa y americana, es el desenlace lógico e históricamente necesario y nada que carezca de base racional tiene lugar en este nuevo orden pues lo que carece de racionalidad carece de existencia. Esa es la inspiración generacional que conducirá la reflexión de Hegel y sus discípulos, y que radicalizarán sus seguidores. Es la hora de la razón en cuyo despliegue no hay inmovilidad, dogma, axioma ni utopía y en virtud de ello la filosofía debe rechazar "la liber-



y Gasset, de la cual emergerá el así llamado materialismo histórico de Marx y Engels que cruzará de principio a fin el siglo XX.

Conocer y explicar lo que es significa comprender el mundo en su unidad y desarrollo, en otras palabras, integrar la contradicción en la razón como uno de sus momentos que hasta el sistema hegeliano la filosofía no había entendido más que como una imperfección de la realidad, o si se quiere, como un aspecto indiferente a la verdad. La negatividad se convierte en el problema central del método hegeliano pues ella misma es lo central de la realidad.

Cuando el saber incorpora la contradicción y la negatividad incorpora la historia de la filosofía, la oposición de Bacon y los aristotélicos, la oposición de Descartes y los escolásticos, la de los voluntaristas y los racionalistas, cada contradicción de un pensamiento con otro es asumida en el sistema como momentos de la totalidad que se hace pensamiento.

Sólo desde esa perspectiva la historia es presente y ese presente, puntualmente, está describiendo la economía política de Ricardo y Smith, y esto Hegel también lo sabe, quienes al tiempo que destacan el preponderante rol del individuo libre como productor y de la iniciativa privada y señalaban el desarrollo de las fuerzas productivas como base del desarrollo humano, no desconocían que el aumento del poder del hombre sobre la naturaleza implicaba el aumento del poder del hombre sobre el hombre.

Por su parte, el utopismo francés y el mismo romanticismo de cuño alemán e inglés están declarando, incluso denunciando, contradicciones que también duelen, pues no estamos hablando sólo de las contradicciones del pensador en su silla, y explicitando la afectividad humana en un mundo que cruje por los cuatro costados.

Sin embargo, si al hablar de realidad se está hablando de contradicción, Hegel no podía sino rechazar, en virtud de la negatividad como premisa del método dialéctico, la añoranza romántica ni el utopismo ni concepción alguna que lleve consigo el pecado de la evasión. Es en este punto también desde el cual se distancia de Schelling. Años más tarde afirmaría en los "Principios de la Filosofía del Derecho": "Se trata de reconocer, en la apariencia de lo temporal y lo pasajero, la sustancia que es inmanente y lo eterno que es presente", subrayando a la historia como el único ámbito de esa eternidad que es en cada minuto, de esa totalidad que, como recalcaba Lukács, es lo concreto.

tad de lo vacío... en política como en religión el fanatismo de la destrucción de todo orden social existente" así como repudiar el utopismo que no comprende que "cada pilar, cada arco, cada contrafuerte hace nacer la fuerza del todo de la armonía de sus miembros". Si esa armonía, ese todo, es el absoluto, nada nos debe Hegel pues como sostuvo Roger Garaudy "su gran mérito ha sido el demostrar que el problema de la libertad no se puede plantear en forma metafísica, abstracta, intemporal".

Esta toma de posesión del mundo por parte de la razón cristaliza en una nueva lógica que Hegel define como "la aspiración más alta del espíritu de reencontrarse y reconocerse a sí mismo y por sí mismo en el todo". Y si la tarea de la filosofía es conocer todo lo que es, no es ocioso mencionar que eso que es, es el nuevo orden que el mundo en su desarrollo ha dado luz, luz que el maestro entiende como la luz de la razón. Ergo, ningún trastorno será en adelante posible, después de la gran aurora no es legítima otra. Este Hegel que detiene la historia es el mismo que proporcionará una filosofía de la historia, su más formidable creación según Ortega

En la vereda opuesta a la del húngaro Lukács, pero también miembro de la familia hegeliana, Benedetto Croce dice un acierto al afirmar que lo que ha hecho Hegel es descubrir el movimiento como elemento incorporado a todos los objetos para que los seres humanos tomemos conciencia de esa movilidad que nos constituye como seres vivientes.

El carácter concreto de lo que es, la naturaleza histórica de lo total demanda la organización de la reflexión en el sistema de filosofía, sólo entonces el movimiento entre la razón del sujeto y la razón de la realidad alcanza su plenitud, su armonía. Nada más trabajoso que la armonía pues no hay verdades instantáneas que se nos den de un solo golpe de inteligencia. He aquí el difícil trabajo del espíritu que en la medida que avanza en su conocer niega esa conocer y su ser mismo, y sólo en la medida que trabaja, que se niega, existe, sabe y sabe que existe: no hay armonía sin negatividad y por ello la dialéctica debe expresar esa inestable estructura de la totalidad orgánica de lo que es, totalidad que en su incesante devenir, en su propia negación, el método dialéctico acoge, pues el saber mismo ya está en la realidad.

En este sentido surge en la Fenomenología el concepto de alienación en razón de la cual un mundo escindido se le presenta sólo a una humanidad escindida, a una conciencia que aún no es capaz de zafarse por sus propios medios de la materia. Si la historia es, en la expresión de Walter Jaeschke, "la forma específica de explicación del espíritu", sólo la historia nos puede proporcionar los materiales que permitan reconciliar los términos de esa escisión entre hombre y mundo, entre hombre y hombre.

Creo que nos corresponde como comunidad universitaria y como investigadores de las ciencias humanas, particularmente a 200 años de la elaboración de la Fenomenología del Espíritu, recordar que en buena medida los problemas que Hegel procuró resolver son nuestros problemas, que sus falencias perviven como nuestras falencias y que su lucidez tiene mucha autoría en los derroteros de nuestra actualidad. Pues el hombre aún no es soberano de su destino aunque por naturaleza sí lo sea. Y con el maestro afirmemos que no debe ser conjurada utopía alguna para que la humanidad se realice. Sin embargo, ésta, la dueña de la realidad, continúa subordinada a su propia creación.

Con el sistema hegeliano, que en cuanto tal arranca con la Fenomenología del Espíritu, toca fin toda la época de la filosofía moderna que había comenzado con Descartes y el voluntarismo inglés y que había encarnado las ideas básicas de la sociedad moderna. Hegel fue el último en interpretar el mundo como razón, sometiendo tanto la historia como la naturaleza a las normas del pensamiento y de la libertad. Al mismo tiempo, Hegel reconocía en el orden político y social que el hombre había alcanzado la base sobre la que había de realizarse la razón. Su sistema condujo a la filosofía al umbral de su propia negación, constituyendo así el único vínculo entre la vieja y la nueva forma de la teoría crítica, entre la filosofía y la teoría social. Esa transición no debe ser omitida ni por el sociólogo, el antropólogo, el economista ni el filósofo, pues en ella reside la misión de cada una de nuestras ciencias que nuestra realidad, y entiendo por ella, en primer lugar, nuestra realidad nacional, nos inquiere con urgencia en busca de una comprensión, no de una epistemología redentora, pero sí de una discusión. La realidad nos está pidiendo que la discutamos.

Por ello tendremos que volver mil veces a Hegel, entre cuyos tesoros está ese concepto que mencionábamos: la alineación, según la cual se desarrolla sólo hasta una etapa desde la cual jamás podrá remontarse hacia su universalidad. El ámbito basal de ello es que la creación no

será reconocida como propia por el creador. Afirma la Fenomenología: "El espíritu se manifiesta así como el artesano y su obrar, mediante el cual se produce a sí mismo como objeto; pero no ha captado aún su pensamiento, es un trabajar instintivo, como las abejas construyen sus celdas... Los cristales de las pirámides y los obeliscos son los trabajos de este artesano de la forma rigurosa". El drama humano es precisamente que estos cristales y obeliscos le sean extraños a su creador y esa rigurosidad, hija de su inteligencia, se le torne ajena. Lo tantas veces discutido a este respecto es que Hegel deja subsumido al trabajo humano en las determinaciones esenciales del espíritu en cuanto absoluto.

Sin embargo, el espíritu no puede desenlazarse jamás de sus relaciones con la naturaleza que ha de dominar. Adorno afirma que esta metafísica de este trabajo es complementaria a la forma de trabajo de la modernidad.

Y en este punto estriba la polémica con Hegel de investigaciones como la de Eugenio Gogol. Sin embargo, incluso esta identificación del trabajo con lo absoluto tiene su fundamentación en la fenomenológica: el mundo en tanto sistema se formará a través de la cerrada universalidad del trabajo social, el cual es de hecho la mediación radical. Así no habrá nada en el mundo que no se le aparezca al hombre exclusivamente a través del trabajo social. Incluso lo no humano, la naturaleza, en la medida que el trabajo carezca de poderío sobre ella, queda determinada por él.

Sólo el ser autoconciente de todo esto puede llevar a la dialéctica hegeliana más allá de sí misma. Puesto que de nada se sabe si no de lo que pasa a través del trabajo, éste se convierte en algo absoluto, se transforma de desdicha, de manifestación alienada, en dicha, en clave de una nueva epistemología.



Por consiguiente, el trabajo, aquello que filosóficamente es todo y socialmente es una parte, ocupa inevitablemente el puesto de la verdad en la experiencia de la conciencia que se revela. La absolutización es la absolutización de las relaciones sociales: una humanidad libre de trabajo es históricamente imposible, sin embargo la conclusión de la Fenomenología es que una humanidad libre de trabajo es una humanidad libre de enajenación.

Hegel sabe esto sin permitirse saberlo: desde aquí la metafísica se desintegra, la filosofía se niega a sí misma en su rol, las ciencias sociales se nos presentan como el único horizonte posible de soluciones. Así como el maestro expandió la filosofía desde la mera gnoseología a la historia, la fenomenología lleva al concepto de liberación a un punto en el cual ya no puede seguir siendo tan sólo debate filosófico. Desde la caída de Napoleón, la historia latinoamericana es la historia de su liberación. ¿Hay una subjetividad común entre Artigas y Pedro Aguirre Cerda?, ¿entre el Presidente Cárdenas y Andrés Bello? ¿Existe un sujeto latinoamericano en el cual converjan los proyectos de liberación nacional de Guatemala, Nicaragua, El Salvador, la experiencia de Perón, los gobiernos democristianos, la Teología de la liberación?

Una respuesta cabal, exige revisitarse la Fenomenología del Espíritu. Necesariamente, Hegel. Si deseamos pensar, discutir la realidad que nos convoca, si deseamos ponernos a la altura de los problemas de la actualidad, si hablamos de libertad, si nos proponemos la verdad, necesariamente Hegel.